



ESPANTADO
DE TODO
ME REFUGIO EN
TRUMP

Capítulo 13. Chinitos descaraitos

Empecé a abrir la correspondencia de otra persona. Es un delito federal, lo sé. Pero qué le vamos a hacer. La empecé abrir y para el carajo. Si sientes que podrías verte implicado judicialmente, por favor, deja de leerme después de la siguiente señal (*trigger alert* para *snowflakes* con flequillos de emos):



Nunca fui un confederado, pero me gusta ese banderón rojo de bandas azules cruzadas como un par de tibias y una calavera de 13 estrellas. Estrallada. Si sientes que podrías verte implicado judicialmente, te lo repito por última vez, deja de leerme después de la siguiente señal de tránsito (en caso de que no haya quedado clara mi intención en el párrafo inicial):



Nunca me pareció ni bien ni mal la esclavitud, aunque todos a mi alrededor luchan a brazo partido por serlo cada día un tin más: esclavos de Castro, el filantrópico mayoral.

Les decía que llevo meses robando cartas. Las abro con excitación de pornógrafo. Muchas veces hasta con una erección, desde que las veo tan blanquitas, tan entregadas, tan impotentes, yaciendo para mí con olor a cosita virgen en la caja oxidada de mi buzón postal.

Me siento entonces muy vivo, muy vital. Resucito. Enloquezco como un adolescente pre-púber ya a punto de su primera vez. Y

siempre es nuestra primera vez, hasta la última. Esa es la verdad de la verdad de la vida.

Las meto a la fuerza en mi habitación. Una cama y un baño. Perfecto para poseerlas. Lo que no he podido hacer con las mujeres, lo hago casi a diario con las cartas.

Cartas robadas. Ah, qué locura.

Deleite, delirio, delito. Los tres indistinguibles en un solo instante de instintos de máxima intensidad.

Son cartas para el antiguo residente de mi estudio alquilado. Apartamento 304. Son cartas que él sigue recibiendo, después de haberse ido hace un par de años de mi cuartucho sin *roommate*.

Son cartas del pasado, como estrellas muertas que siguen sin darse cuenta de que ya murieron.

Por el nombre, el destinatario debió de ser un chinito. Ching-Juh Lai o Lai Juh-Ching, con ellos nunca se sabe. En cuatro décadas todavía no he entendido bien el orden de los caligramas chinos.

Prefiero leer las traducciones de Ezra Pound.

El fascismo siempre es fascinante. Aunque le recoma el hígado a Susan Sontag y a media humanidad Anti-Fa.

Lo cierto es que mi ex-chinito ya me tiene más que jodido con su presencia perenne epistolar. Con su persistencia, en tanto destinatario ausente. Con su sociabilidad metida dentro de un sobre e impresa en papel.

Recibe de todo el muy cabrón. Todo tipo de correspondencia bancaria, de impuestos, académica, navideña, y hasta humanitaria.

Me pregunto dónde se habrá metido este chinito después de irse de mi apartamento en Saint Louis. Me pregunto si regresó a

China, por ejemplo. O si cayó preso en los Estados Unidos, por espía o por clonador de tarjetas magnéticas, como los cubanos de Miami. O si tal vez se unió a ISIS o al menos a la Revolución de los Paraguas en Hong Kong.

Me preocupa peculiarmente el destino trágico o transoceánico de este chinito en particular.

Me pregunto si no se habrá muerto mi Ching-Juh Lai. Es decir, me pregunto si mi Lai Juh-Ching no se habrá muerto en esta misma habitación, donde ahora puntualmente yo leo sus cartas recibidas por nadie, por mí. Me pregunto si el muy desgraciado no se habrá muerto sobre este mismo colchón.

¿Ya ven? Por eso no puedo parar todavía de meterme dentro de su correspondencia.

Primero, porque me excita las gónadas a punto del orgasmo espontáneo. Segundo, porque tengo derecho a saber si estoy viviendo la vida dejada trunca por alguien, aunque sea sólo un chinito más, entre los trillones de chinitos que hay en el sistema solar, no solamente en la Tierra.

Vivo en un tercer piso de los antiguos. Pero el puntal es altísimo. Parece un doceplanta de La Habana del Este, Alamar: la ciudad de los suicidas volantes no identificados.

De noche, desnudo junto a la calefacción, cuando me pongo a escribir a corazón abierto sobre el castrismo, se me ocurre pensar que quizá mi predecesor saltó sobre el parqueo de los vecinos, unos negros formidables que ponen música *blues* y hablan a gritos y carcajean como bisontes que embisten, y por eso nunca me dejan ser demasiado infeliz.

De hecho, cuando me instalé en el estudio, lo primero que me extrañó fue que el vidrio de la ventana estuviera rajado de esa manera tan rara, como desdibujando la figura de un homínido entre las grietas, si bien debió de ser un ser humano enanito.

Pero ya es sabido que los chinitos son muy cortos de órganos.

De noche es muy fácil dejarse sugestionar por nuestras propias alucinaciones. Provocadas en parte por los bombillos ahorradores de IKEA, esa maldición nórdica, que son los únicos disponibles en USA. Y provocadas también en parte por la carencia de calefacción, pues *The Byron Company* nos lleva recio con la temperatura mínima tolerable que aún es compatible con la existencia de los mamíferos.

Al parecer, la compañía de alquiler sabe muy bien que somos estudiantes, y por eso no nos deja envejecer al ritmo normal, exponiéndonos durante meses al frío de los cabrones cahokias originales que habitaban esta región.

Pero nosotros, a la caza de un PhD y no de un mamut, ni siquiera tenemos una piel de indio enemigo para taparnos. Estamos encueros en este exilio de utilería. Y desnudo me gusta pasar las noches estudiando en mi estudio, pero igual me cago de frío. Sobre todo por ese hueco de vidrio en plena ventana, que es peor que una brujería china de las del Barrio Chino de La Habana.

Por ese hueco estoy más que seguro que entran y salen las almas en pena, al estilo más caricaturesco del HP Lovecraft, el mismo que escribió aquella infamia rimada sobre el origen de la raza negra a manos de Dios: *A beast they wrought, in semi-human figure, filled it with vice, and called the thing a Nigger.*

Mi abuela Braulia Martínez Martínez decía que esos maleficios eran los únicos en toda la Isla que no se podían deshacer. La brujería de chinos: un misterio capaz de violar las leyes termodinámicas. ¡Solavaya!

Mi abuela Braulia, la nonagenaria. Como Fidel Castro.

Mi abuela Braulia, que en cualquier momento hará noventa años desde que se murió. Como Fidel Castro.

Ya los cubanos del siglo XX estamos viviendo en un tiempo ajeno que le pertenece, por derecho impropio, a otros cubanos. Nos han arrebatado el protagonismo. Somos los parias de nuestra progenie. Ahora las abuelas Braulia y los abuelos Fidel somos nosotros.

En cualquier caso, ni el médico chino te puede curar si te tiran una maldición chinesca. Por eso es mejor mantener la distancia, incluso por cartas, con esos cabroncitos asiáticos de pecho lampiño, dientes botados, lengua hecha un enledillo toda enledada, y penecillos de miniatura calcados de la dinastía Ping.

Chinitos descaraitos, de tan careros que son. Cuando son dueños de un negocito de jama, te clavan lo mismo con un shop suey de claria que con un páncreas de perro callejero. No tienen piedad a la hora de abrir la boca y tragar.

Igual uno les va cogiendo cariño. Se les echa de menos cuando no están, como mi chinito ausente descaraito. Y uno tiene que sustituirlos entonces por las cartas destinadas a dicho chinito ausente descaraito.

Leer cartas ajenas es hacer revolución.

Leer cartas ajenas es restaurar nuestra fe en un futuro de fe para la humanidad.

Diga lo que diga la ley federal de los yanquis y los confederados.

Algún día sabré si Ching-Juh Lai se mató o no se mató. Como algún día Lai Juh-Ching lo sabrá de mí. La multitudinaria soledad de los chinos es la soledad solitaria de los cubanos. Por eso no somos pueblos antípodas, siéndolo, sino apenas pueblos vecinos.

Dormimos codo a codo en el mismo cuarto.

Pared con pared, cabeza con cabeza sobre el colchón.

Los cubanos con nuestros penes deslumbrantes, vergas inverosímiles que usamos como faros para abrir caminos y piernas, en un mundo cada vez más ancho y añejo, cada vez más castrista y pacato (es sabido que Fidel era muy mala hoja, con los pantalones a medio bajar y sus nalgas peludas).

También los cubanos usamos nuestras pingas como contrapeso patrio, a la hora de saltar a través del vidrio y caer sin paracaídas, desde el tercer piso, sobre los carros vecinos de los negros norteamericanos: esos seres sin muerte, desbordantes de élan vital y de un flogisto tan fuerte que no le entra la brujería oriental, ni de Cuba ni de China.

Por cierto, la mayoría de esos carros son Ramblers de los años sesenta.

En Cuba era increíblemente igual.

Alguien tendrá que explicar esa conexión entre ciertas marcas humanas y ciertas razas de carro.

El serial de televisión *Raíces* debió de llamarse *Ramblers*, aunque después resultó que hasta Kunta Kinté era *fake*.

Alita de cucaracha llevada hasta el cementerio. Si muero en la carretera, no me pongan flores. Cuando el negro come melocotón, Missouri tiene las pupilas azul escuálido. ¿Qué es poesía, y tú me lo preguntas?

Poesía es, niños, que si muero, dejad mi Rambler abierto. Y dejad que el temporal, en un levante otoñal, desguace sus puertas blancas.

Sus defensas blancas.

Su yantas blancas.

Sus gomas blancas.

Su basura no blanca de vecinos que por la noche mugen mansamente al hacer el amor, como animales de tracción, mientras me cuelan por el hueco de mi ventana el dolor ancestral de una melodía *blues*, testimonio de la tragedia.

Con el tiempo he aprendido a quererlos así, espiándolos en su intimidad de matrimonios negros. Soy un voyeur étnico.

Y me parecen mucho más humanos que todos los sí blancos que me rodean en mi programa de doctorado, con sus intelectualismos enclenques, con sus represiones de *Title IX*, con sus ataquitos de neuróticos anti-neoliberales, y con sus denuncias de abúlicos y bulímicas que hace rato no son clavados ni clavan, en el asta de una banderona confornicada.

Ah, he amado por primera vez a los negros aquí, bufando sin malicia en la noche Mizzou. Proletarios modernos salidos de antiguos reyes.

Sus glotis de guerreros nunca se rebajaron al vernáculo vil del inglés. Ni al cinismo anglo de la gramática, ni a la ira sajona que implica toda ironía. Por eso los negros hablan hoy otra lengua, otra ilusión, otra lejanía.

A través de ellos, de su ritual de acoplamiento no muy lejos de donde duerme en santa negritud su camada, he empezado a amarme también a mí.

Soy un negro bueno. Un negro bello.

Soy un negro verdadero. Un negro animal.

Soy un negro humano. Un negro cubano exiliado en la pradera africana de Mid-América, con patria pero sin amor.

Soy la sumatoria no lineal de todos esos negros bastos y de todo mi basurerío blanco. No hay una sola familia de nuestro hemisferio que yo no haya espiado. Me las conozco a todas de memoria, un recuerdo táctil, tentador. Como táctiles y tentadores son los sentidos de la vista, el sabor, el oído y el olfato.

Tendones del deseo. Trampas para no suicidarnos en masa como las ballenas nórdicas o los chinitos descaraitos.

¿Se suicidan también los negros? ¿Se habrá suicidado ya el primero de los cubanos y nosotros aquí, leyendo locuras, ni siquiera nos hemos dado por enterados?

Es sobrecogedor asomarme de noche al cristal roto de mi ventana en Central West End, y ver mi biografía hecha añicos al otro lado, muy lejos, a la mano, aquí en Cuba, entre los Ramblers y los ronquidos de mis anónimos vecinos de piel preciosa: lluvia de azabache y asfalto, capas y capas de poesía maderable y despotismo mercantil, de miedo y misericordia, de orgullo y horror.

De tanto leer ilegalmente sus cartas, ya estoy empezando a parecerme a Ching-Juh Lai. De hecho, he estado a punto de responder algunas misivas a nombre de Lai Juh-Ching. Ya lo he hecho, incluso. Pero no las he enviado aún.

El pobre, tiene deudas. Y debe bastantes impuestos al tesoro federal. Además, tiene derecho a votar en las elecciones primarias y en las presidenciales. Pero nada. Mi chinito descaráito no está. Mi chinito descaráito se fue.

Tampoco parece tener amor, esto puedo afirmarlo ante un Gran Jurado. Nadie le escribe de amor con amor a mi *roommate* ausente.

No sé. Tal vez debiera escribirle de una vez y por todas yo: tengo su dirección, que es la mía, conozco el número de su estudio, que es el mío, e incluso sé la dirección hacia la salida del sol en que ha colocado la cabecera de su cama.

Chinito culto, chinito *cool*.

O chinita. Porque, ahora que lo pienso de nuevo, Ching o Lai bien pudiera ser una muchacha.

Chinita linda, *mon amour*.

Mira que te he extrañado, 我的爱.

In the mood for love.

Compartir un espacio con alguien es comenzar a extrañarlo.

Por eso en el exilio nadie extraña nada. Ni a nadie. Porque el exilio es por definición la carencia de espacios.

En este sentido, los presos políticos cubanos eran filósofos de la vida: entre rejas les sobraba el espacio, pero después de deportados ya no tienen ni donde caerse cadáveres.

Espérame, corazón de Juh. Yo volveré.

Y verás que nunca me he ido. Como verás que nunca, tampoco, estuve del todo aquí.

Y perdóname la paranoia política. Cuando me pongo peor que de costumbre, me da por quemar las cartas completas de Mister Ch. J. Lai o de Miss L. J. Ching.

Todos los fuegos el fuego.

Vivo en un edificio viejo, ya lo he dicho. Con ladrillos de principios del siglo XX o finales del XIX. En cualquier caso, un siglo que desapareció.

Como la idea del pueblo cubano.

Como la idea de que tú sigas siendo mi lector o lectora, a estas alturas de una escritura tan bella como tan brutal.

Por lo tanto, estudio de alquiler no tiene ni remotamente una alarma de fuego. Ni una alarma de nada, excepto la bandera sureña que cuelgo como cortina de baño.

Sin la menor medida de seguridad, igual en los días de invierno, que son todos a partir de octubre y casi hasta muy entrado abril, me decido a hacer una pequeña fogata en el fregadero.

Humo en el agua. *Smoke on Waterman Boulevard.*

Y a la pira van a parar las cartas de mi desconocido con raza, pero todavía sin género. El destinatario desaparece. Como todos nosotros, desaparecidos cubanos que apenas somos unos aparecidos que no encontramos ni donde reaparecer.

Fantasmas que recorren Europa y los Estados Unidos.

Espectros expertos en el arte de estar, no siendo. Títeres sin titiritero. Queridos cubanos covfefes, a punto ya de carroña. Tan

careros como los chinos caídos de culo en una isla del Mar Caribe, con sus tradiciones de entropía irreparable, lo mismo para curar el insomnio que para provocar pesadillas.

A veces pienso que tantas cartas son en realidad una advertencia pannacional contra mí, la manera más discreta y siniestra que encontró el Estado cubano para decirme: “nos acordamos de ti”.

Es escalofriante. Y es todavía más excitante. Estoy en el centro de los acontecimientos cubanos y nadie lo ha podido evitar.

Sea lo que sea. Salga el sol por donde salga.

Condenadme, por supuesto que sí importa.

La historia no absorbe a nadie. A todos y cada uno de los cubanos nos vomitó.